

VALIENTES

(GET EVEN 2)



NETFLIX

SECUELA DE
GET EVEN,
UNA SERIE
ORIGINAL DE
NETFLIX

GRETCHEN McNEIL

CROSS
BOOKS

GRETCHEN McNEIL

VALIENTES

(GET EVEN 2)

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Get Dirty*
© del texto: Gretchen McNeil, 2015
Publicado mediando acuerdo con International Editors' Co. y Curtis Brown, Ltd.
© de la traducción: Natalia Navarro, 2020
© Editorial Planeta S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2021
ISBN: 978-84-08-23638-2
Depósito legal: B. 20.904-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Uno

Ed aguardaba junto a la puerta de la habitación, en la quinta planta del hospital, mirando a Margot. Parecía dormida. Aparte de la vía que tenía en el brazo izquierdo, no estaba enganchada a ninguna otra máquina que mejorara de forma artificial sus funciones vitales; solamente un monitor para medir el ritmo cardíaco cuyos pitidos lentos y estables suponían un recordatorio constante del estado comatoso de la chica.

Cerró los ojos e imaginó su sonrisa. La había visto pocas veces: en la asamblea, cuando las integrantes de No Te Enfades humillaron al entrenador Creed delante de todo el instituto; en el laboratorio de informática, cuando ella y Bree le encomendaron una tarea para NTE; y en el pasillo de Bishop DuMaine, cuando hablaba con Logan Blaine.

Notó presión en el pecho. No era culpa de Logan que Margot se hubiera enamorado de él. Maldita sea, si Ed fuera una chica, probablemente también fuera su tipo: alto, atlético, rubio, encantador. Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y tocó con los dedos una hoja de papel que siempre llevaba encima. ¿Alto y rubio? No, ese no era su tipo.

Acercó una silla de metal a la cama de Margot con cuida-

do de no hacer ruido. ¿Por qué? No tenía ni idea. La chica no estaba dormida. Podría pedir a la banda de música de Bishop DuMaine al completo que entrara en la habitación y no obtendría mucho más que una levísima sacudida como respuesta.

«Hay que ser positivo, Edward.»

Inspiró hondo y luego exhaló el aire lentamente entre los labios. La habitación olía a una mezcla de flores recién cortadas y un producto de limpieza astringente; era el mismo aroma que había percibido cada vez que había visitado un hospital. Junto a la ventana, el suelo estaba lleno de ramos de flores enormes con animales de peluche alrededor. La colección había aumentado desde el día anterior y, mientras hacía inventario, empezó a calcular de forma automática el coste de todas esas tonterías: un perrito de ojos tristes con un cartel en el que ponía «Mejorate» (14,99 dólares), un tiranosaurio rex con una pata en cabestrillo (qué cursi, probablemente fuera incluso más caro), al menos tres ositos rosas con corazones de plástico entre las manos en los que ponía «Te echamos de menos» (esos estaban de oferta, era obvio). Y un solitario globo de dos dólares con una figurita de plástico que lo anclaba al suelo. Giraba bajo la brisa del sistema de ventilación del hospital, devolviendo a Ed su reflejo cada pocos segundos.

¿Cuál de esos regalos sería de Logan? Si es que había alguno suyo. ¿El tiranosaurio rex? Poco convencional, sentimental, caro, pero sin resultar ridículo: parecía encajar con su personalidad. ¿O tal vez fuera del resto de integrantes de NTE? Ed tensó la mandíbula. Más les valía haberle enviado algo. Kitty, Olivia y Bree eran tan culpables del coma de Margot como la persona que la había golpeado en la cabeza.

Posó la mano encima de la de la joven. Pensaba averiguar qué era lo que había sucedido, aunque acabara muerto.

Oyó la voz de una mujer en el pasillo acompañada del suave susurro de unas suelas de goma sobre el suelo de baldosas.

—Su habitación está al final del pasillo.

Ed se puso en pie. Vicky, la enfermera de la noche cuyo turno había terminado diez minutos antes, él lo sabía bien. ¿Qué hacía allí todavía?

—¿Seguro que no se va a meter en ningún lío por dejarme pasar? —preguntó alguien.

A Ed se le cayó el alma a los pies. Conocía esa voz.

Logan.

Vicky chasqueó la lengua.

—Me he fijado en cómo la miras. Cariño, todas las chicas en coma deberían tener a alguien que las cuidara con tanto amor.

Ed se tensó al oír que los pasos se aproximaban a la puerta. No le daba tiempo a escabullirse de la habitación y bajar por las escaleras traseras como había hecho al llegar. Iba a ser una situación muy incómoda.

—Tienes diez minutos —continuó Vicky— antes de que...

Se detuvo en seco al ver a Ed junto a la cama de Margot. La sonrisa amplia que tenía en la cara dio paso a una mirada de desconfianza.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí?

—Eh...

—¡Eh! —exclamó Logan—. Yo te conozco. —Ladeó la cabeza, como si pensara mejor de ese modo—. ¿No?

«¿En serio? ¿Margot ha elegido a esto?»

—¿Cómo has entrado? —insistió Vicky—. La UCI es un área restringida.

«La lavandería no es precisamente el culmen de la seguridad, señora.» Pero no quería desvelar su secreto. Miró a Vicky y el cuerpo inconsciente de Margot.

—¡Un segundo! —Ed abrió la boca con fingida sorpresa—. Esta no es la habitación de mi tía Helen. Me habré equivocado de planta.

Vicky enarcó las cejas.

—¿Que te has equivocado de planta?

—Sí, lo siento. —Había llegado el momento de poner en práctica una estrategia de huida—. ¿Sabe? Creo que esta mañana me he tomado dos Ritalin en lugar de un Ritalin y un Wellbutrin, así que estoy un poco... —silbó y se señaló la sien mientras se dirigía a la puerta— atontado. —Levantó el hombro con un gesto rápido y echó la cabeza adelante y atrás con movimientos erráticos.

—Sí, vamos juntos al insti —concluyó Logan.

«No eres precisamente un lumbreras.»

—¿Estás bien? —preguntó Vicky.

—Sí, sí. ¡Claro! —Ed se rio con fuerza—. Estoy muy bien. Solo quiero ir a casa y hacerme un lavado de estómago y —echó un vistazo al reloj—, ¡madre mía!, ¡qué hora es! —Pasó junto a Vicky y Logan, que seguía confundido, y recorrió el pasillo alzando dos dedos y apuntándolos con ellos en la retirada—. Yo me retiro.

Fue corriendo a su coche. El sol se había alzado sobre las lejanas montañas y empezaba a disipar la neblina que cubría Menlo Park, pero no tenía tiempo para disfrutar de su calidez. Entró en el vehículo, cerró la puerta y presionó el seguro.

Tal vez debería haber esperado a Logan, hablado con él de Margot. Los dos se preocupaban por ella y en realidad el chico no le había dado ninguna razón para desconfiar de él, pero Ed vaciló. No estaba preparado. Aún trataba de comprender qué había pasado el jueves por la noche y, hasta que no lo supiera, tendría que actuar en solitario.

«Hay un asesino suelto.»

Dos

Olivia respiraba exhalando bocanadas cortas de aire mientras doblaba la esquina de DuMaine Drive. Era martes y las campanas de la iglesia cercana perturbaban el silencio de la mañana. ¿Ya eran las siete? Otra vez llegaba tarde, Kitty iba a echarle la bronca.

Pero en lugar de aligerar el paso, continuó sin prisas hacia el campus. No tenía miedo, no corría como una presa que huyera de un depredador. Por primera vez en semanas, se sentía a salvo.

Habían pasado tres días desde que Bree se había entregado, tal como había exigido Christopher Beeman. Y, fiel a su palabra, había dejado de amenazarlas. Ni sobres, ni mensajes misteriosos y, lo más importante, se habían terminado los asesinatos. Parecía contento de ver a Bree entre rejas y a Margot en el hospital, y esa satisfacción iba a ser su destrucción.

Porque ahora les tocaba a ellas. NTE iba a desenmascarar al asesino.

Mientras subía los escalones y abría la puerta, sentía como si al fin estuviera tomando las riendas de la situación.

—¡Olivia! —gritó alguien en cuanto entró en el edificio. En medio del pasillo se encontraba Tyler Brodsky.

El chico se apartó el pelo castaño de los ojos y le sonrió. Tenía tres rollos de cinta adhesiva en los brazos, como si fueran brazaletes, y una sábana por encima del hombro. Detrás de él había una escalera de unos dos metros y medio con Kyle Tanner subido a ella, pegando un extremo del cartel en el techo.

Los dos llevaban la misma camiseta de manga larga, Tyler en gris y Kyle en azul marino, y los mismos pantalones vaqueros ajustados. Olivia se preguntó si se habrían llamado por la mañana para elegir el atuendo del día. Si no fuese por la piel oscura y la cabeza casi rapada de Kyle, sería complicado distinguirlos.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó Tyler.

Kyle la miró por encima del hombro.

—¿Has venido a echar una mano?

—Eh... —vaciló.

Kitty y ella habían quedado a esas horas intempestivas precisamente porque no habría nadie en el instituto, y, ¡cómo no!, justo tenía que encontrarse con dos miembros de los Maine Men, lo último que le apetecía.

Tyler y Kyle la estaban mirando a la espera de una respuesta. «Mejor sígueles el rollo.»

—Claro.

—Genial. —Tyler se retiró la pancarta de encima del hombro—. Sujeta esto, voy a buscar otra escalera.

Olivia cogió la tela vinílica y el chico se alejó por el pasillo. ¿Qué hacían ellos tan temprano en el campus? Solo había una forma de averiguarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó, sonriendo.

—¿No te has enterado? El padre Uberti ha declarado hoy el día V-N.

Olivia parpadeó varias veces.

—¿Día V qué?

Kyle ladeó la cabeza.

—Día V-N. Ya sabes, como en la Segunda Guerra Mundial. ¡El día de la victoria a NTE!

La joven estiró la pancarta por completo.

—¡Celebración del V-N! —leyó en voz alta—. ¡La victoria es nuestra!

Kyle empezó a bajar de la escalera.

—¿No es genial? Ha sido idea de Rex.

Cómo no.

—Estamos colgando carteles por todo el campus —continuó. Arrastró la escalera hasta el otro lado del pasillo y cogió la pancarta de las manos de Olivia—. Rex está en el aula de dirección preparando los folletos. Creo que está... —Carraspeó—. Solo.

Puaj.

—Iré a ver si necesita ayuda —respondió ella rápidamente, aprovechando la excusa para escapar.

No pensaba meterse en una habitación a solas con Rex Cavanaugh, y menos ahora que Amber y él habían roto. Era una invitación a que se propasara con ella. No obstante, también era una buena razón para largarse de allí.

Emprendió el camino al aula de dirección con paso relajado, pero en cuanto estuvo fuera del alcance de la vista de Kyle, echó a correr. Si Rex y los Maine Men estaban decorando todo el campus, no tardarían mucho en llegar al pasillo del laboratorio de informática, donde la esperaba Kitty. Tenían que acabar lo antes posible. Pasó junto a su taquilla y se dio todavía más prisa al subir los escalones; parecía un marino en pleno entrenamiento.

Cuando llegó arriba, se detuvo en un peldaño con los sentidos alerta. Había oído algo, estaba segura. Unos pasos detrás de ella.

Se dio la vuelta y echó un vistazo a la escalera, pero no había nadie.

Sin moverse, contó despacio hasta diez. Seguía sin ver a nadie en el pasillo de abajo. Estaba nerviosa y se comportaba de forma ridícula; las preocupaciones volvían a nublarle el juicio. Nadie la seguía y nadie sabía lo que tramaban. Negando con la cabeza, se dio la vuelta y corrió hasta el laboratorio de informática.

Kitty daba vueltas por la estancia. No le extrañaba que Olivia llegara tarde, pero estaban a punto de dar un paso enorme en la caza de Christopher Beeman y la espera la estaba matando.

Miró un monitor iluminado. En la pantalla había una ventana abierta con una cuenta de correo electrónico anónima. Ya había introducido la memoria USB y había cargado toda la información que tenía NTE del asesino: los correos electrónicos que se habían enviado él y el fallecido Ronny DeStefano, su relación con el también fallecido entrenador Creed. Con un clic del ratón, enviaría el archivo por medio del ciberespacio directamente al sargento Callahan, del Departamento de Policía de Menlo Park.

Beeman les había dado un respiro después de que Bree se hubiera entregado y tenían que aprovecharlo para poner fin a su reinado del terror de una vez por todas. El sargento Callahan comprendería que Christopher era el asesino y movilizaría a todas las fuerzas policiales para dar con él, tenía que hacerlo. Soltarían a Bree y la oleada de asesinatos terminaría al fin.

Eso esperaba.

Kitty oyó en la distancia el apresurado repiqueteo de unas zapatillas corriendo por el pasillo y, a continuación, unos toques suaves en la puerta: uno, pausa y luego tres golpes rápidos. Abrió la puerta y dejó entrar a Olivia, que estaba sin aliento y con la cara enrojecida.

—¡Perdón! —se disculpó, resollando—. Me he encontrado abajo con Kyle y Tyler. —Se apoyó en la pared—. ¿Te has enterado de lo que están haciendo?

—El padre Uberti se puso en contacto con todos los alumnos que pertenecen al gobierno estudiantil anoche, después de la reunión. Nos comentó que quería celebrar la victoria ahora que ya habían arrestado a Bree. —Exhaló un suspiro—. Muy elegante teniendo en cuenta que han muerto dos personas.

—Elegante es el segundo nombre de P. U. —señaló Olivia con ironía.

Kitty tomó aliento y se sentó delante de la pantalla del ordenador.

—Está listo para enviar.

Olivia se agachó para mirar por encima del hombro de su amiga y leyó en voz alta el mensaje que había escrito.

—Adjunta tiene información que tal vez le resulte de interés en relación con los asesinatos de Bishop DuMaine. Christopher Beeman, antiguo alumno de la Academia Militar Archway de Arizona, tiene conexión con las víctimas y motivos para matar tanto a Ronny DeStefano como al entrenador Dick Creed. Atentamente, un amigo. —Olivia se puso recta—. Está perfecto. Va a funcionar.

—¿Preparada? —preguntó Kitty.

Olivia se mordió el labio, retirándose la mayor parte del brillo iridiscente en el proceso, y asintió lentamente, pero con decisión.

—Preparada.

Kitty hizo clic con el ratón y en la pantalla apareció una ventana con las palabras «Tu correo se ha enviado». Se retrepó en la silla y dejó escapar un suspiro hondo.

—Ya está. Christopher Beeman estará muy pronto entre rejas.

—¿Estás segura? —preguntó una voz familiar.

La euforia de Olivia se tornó enfado cuando se volvió y vio la cara sonriente de Ed el Coronel en la puerta.

—¿Dónde estabas?

—He ido a la Luna y he vuelto —respondió él, enarcando las cejas.

Kitty se acercó un paso.

—Te he llamado unas siete mil veces desde el jueves por la noche y siempre me ha saltado el buzón de voz. ¿Me lo quieres explicar?

Ed se encogió de hombros.

—Me deshice del teléfono. Los componentes del móvil que antes pertenecían a Ed el Coronel flotan ahora en algún lugar de la bahía de San Francisco.

—¿Por qué? —preguntó Olivia.

—La última vez que lo usé fue para escribir a Margot unas horas antes de que la atacaran. Probablemente todos los polis de la ciudad estén buscando ese teléfono.

Kitty entrecerró los ojos.

—Eso suena a admisión de culpabilidad.

Ed tomó una silla con tranquilidad y se sentó.

—Calma, chicas. Si hubiese atacado a Margot, ¿estaría aquí ahora hablando con vosotras?

Olivia y Kitty intercambiaron miradas. Tenía razón.

—Y ¿qué haces aquí? —se interesó Kitty.

Ed sacó una hoja de papel del bolsillo delantero de la mochila.

—Quería enseñaros esto.

Kitty se la quitó de la mano y la miró.

—Es una multa por exceso de velocidad.

—Ruta Federal 101 —leyó Olivia—. Salida trescientos sesenta y siete, Morgan Hill.

El muchacho asintió.

—Mira la fecha y la hora.

Olivia desvió la mirada a la parte de arriba.

—Siete de octubre, nueve y media de la noche.

—Exacto —confirmó Ed—. Y a Margot la atacaron aproximadamente a las nueve y cincuenta, según el informe policial. Es imposible que recorriese sesenta y cinco kilómetros en quince minutos. Soy inocente.

—Y ¿por qué has esperado tres días para contárnoslo? —insistió Kitty.

La fachada de tipo duro desapareció y de pronto adoptó una expresión adusta.

—Porque erais las únicas que sabían que había quedado con Margot esa noche.

Olivia se puso tensa.

—¿Qué estás insinuando?

—Puede que se me pasara por la mente que me estuvierais utilizando de chivo expiatorio.

—¿Crees que nosotras intentamos matar a Margot? —preguntó Olivia horrorizada—. Somos amigas, idiota. Si piensas por un segundo...

—¿De verdad es vuestra amiga? —Ed levantó la barbilla—. Me estoy acordando de unas fotos bastante horribles de Margot del colegio. —La señaló con un dedo acusador—. Que le sacaste tú.

A Olivia empezaron a temblarle las manos de vergüenza por lo que le había hecho a su compañera.

— ¿Ah, sí? Y ¿cómo sabemos que tú no eres Christopher Beeman?

No sabía si semejante afirmación tenía algún tipo de sentido, pero alguien tenía que ser el asesino y se estaban quedando sin opciones.

En lugar de negarlo, Ed el Coronel rompió a reír.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó Kitty.

—Si soy Christopher Beeman, tengo problemas más importantes que una acusación por asesinato.

Olivia notó un escalofrío en la columna, como si se hubiera enredado en una telaraña. El tono de Ed la estaba poniendo nerviosa.

—¿Por qué dices eso?

—Lo que descubrí en Arizona —comenzó— es que Christopher Beeman está muerto.